

AL DESOCUPADO LECTOR

Hugo Montes B.
Universidad de Chile

El principal libro de Cervantes está dirigido al “desocupado lector”, o a alguien que tiene o tuvo ocupaciones, quizás preocupaciones, pero que ya se desprendió de ellas. El desocupado es alguien que dispone de tiempo para hacer cosas hasta cierto punto inútiles, en todo caso diferentes de las que implican la labor habitual. El desocupado no es un perezoso, término negativo, ni un flojo, término resueltamente peyorativo. Más bien, el desocupado está cerca del “ocio”, palabra que alguna vez fue realmente positiva y que, lastimosamente, fue desplazada por su antónimo “negocio”. El ocio es un espacio de tiempo y de lugar vecino del silencio, de cierta soledad a menudo engendradora de creación artística, pensamiento crítico, del hallazgo científico y de algo más alto y más hondo todavía, de la oración.

Cervantes lo sabía muy bien y por eso dice que “el lugar apacible (de paz), la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmullo de las fuentes, la quietud del espíritu son grandes partes para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravillas y de contento” (Prólogo I Parte). Lugar apacible, amenidad, serenidad, murmullo, quietud... todas estas expresiones están incluidas en otra que las contiene y las resume, el *sosiego*. Así entendido, el ocio es una categoría del espíritu, una situación espiritual que supone la desocupación y facilita la creatividad. Esa palabra, alguna vez de uso popular, es ya un término en desuso, pero los mayores podemos recordarlas sobre todo en la boca de los abuelos o de las nanas antiguas. En ocasiones, hasta los profesores la empleaban: “Sosiéguese hijo, asosiéguese le dije, niño sosegado...” Es palabra fonéticamente vecina de otras con silbantes reiteradas, como silencio o susurro. Como ellas y otras similares, tiene un carácter

onomatopéyico, es decir, con solo su sonido expresan el concepto que encierran. Significado y significante se asocian y logran efectos tranquilizadores, serenadores, “sosegadores”.

¡Cómo sabían usarla los grandes clásicos españoles del XVI! Dice Garcilaso de la Vega en una de sus Eglogas: “las fieras que reclinan / su cuerpo fatigado / dejan el sosegado / sueño por escuchar mi llanto triste”. Y en la “Oda al apartamiento”, de Fray Luis de León, leemos:

Sierra que vas al cielo
altísimo, y que gozas del sosiego
que no conoce el suelo,
adonde el vulgo ciego
ama el morir, ardiendo en vivo fuego.

En la “Oda a la vida retirada” que de escolares aprendíamos de memoria, (Qué descansada vida / la del que huye del mundanal ruido”), se habla de la fontana pura que desde la cumbre airosa hasta llegar corriendo se apresura, “Y luego, sosegada, / el paso entre los árboles torciendo, / el suelo, de pasada, de verdura vistiendo / y con diversas flores va esparciendo”.

San Juan de la Cruz comienza su célebre “Noche oscura” con la misma palabra:

En una noche oscura
con ansias de amores inflamada
¡oh dichosa ventura!
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada,

verso este último que repite en la estrofa siguiente:

A oscuras, y segura
por la secreta escala disfrazada,
¡oh dichosa ventura!
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

La casa sosegada supone liberación del mal, supone orden interior. Se alcanza luego de un proceso purificador y es un peldaño necesario para la gran aventura ascensional.

Volvamos a nuestro don Quijote. El hidalgo de la Mancha gozaba de la paz provinciana. Disponía de un lugar en Castilla la Nueva, lo que hoy

llamaríamos una parcela de agrado. Ni estancia, ni fundo, sino el espacio justo para esparcimiento sin preocupaciones mayores, y tiempo, mucho tiempo libre de ocupaciones triviales. Ni siquiera tenía quehaceres domésticos, que de ellos se ocupaban una sobrina y una criada –consejera casi entrometida–, y un mozo de campo y plaza, que se ocupaba del huerto y de la montura (No existía aún la palabra jardinero ... sí, hortelano). Los ratos que estaba ocioso –que eran los más del año– ya no los ocupaba en ir de caza ni en velar por la administración del predio, sino en leer y leer libros de caballería (no se usaba la palabra novela para ellos). Sabemos lo que le ocurrió: “él se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio”.

Tenía que salir pronto, porque el mundo necesitaba de su brazo y de su espada. Sin embargo, tardó una semana en preparar la celada que faltaba para completar su casco, y cuatro días en dar con el nombre para su caballo –Rocinante– y ocho días para su propio bautizo –Don Quijote de la Mancha. ¡Clara jerarquía de valores! No dice Cervantes cuánto tiempo echó en hallar el nombre de su dama, quizás por pudor. Nosotros bien podemos calcular que sería a lo menos otra semana.

Así entre bautizos y arreglo de la celada se le fue cerca de un mes, ¡a él que sentía prisa por salir al mundo! Dejó que el mundo esperara hasta que completara su preparación. Don Quijote sabe combinar la prisa con la calma...

El término que buscamos –sosiego– sale a nuestro encuentro ya en su primera aventura, aquella en que es armado caballero. En una venta que la fantasía quijotesca torna en castillo, ante el posadero cambiado en caballero, don Quijote vela sus armas y “con sosegado ademán” se arrima a su lanza y pasea entre arneses y espadas.

Llegó un arriero, corrió las armas que tapaban el pozo y dio de beber a su recua. Don Quijote se encomienda a Dulcinea, castiga al atrevido “y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero”. Igual ocurre con un segundo arriero y hasta con todos ellos juntos que desde lejos llovían piedras sobre el caballero. Este se defiende y da tales voces, que infunde un terrible temor en los que lo acometían. “Y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero”.

Más adelante, en combate con el vizcaíno, se alza en los estribos y descarga con furia la espada sobre su rival, acertándole de lleno sobre la cabeza. El vizcaíno sangra por la nariz, por la boca y por los oídos y da muestras de caer de la mula abajo... Y aunque parezca increíble dice la historia que “estábaselo con *mucho sosiego* mirando don Quijote y, como lo vio caer saltó de su caballo y con mucha ligereza se llegó a él y, poniéndole la punta de la espada en los ojos, le dijo que se rindiese”. En esta, una de las pocas batallas en que el caballero vence de verdad, conserva la paz, mira calmadamente y observa con mucho sosiego. Es que primero supo vencerse a sí mismo, no cayó en el arrebató, fue paciente. Desde el interior sereno nace la compostura externa. El sosiego es antes que nada logro del alma, dominio de sí mismo.

Así se muestra claramente también en su postrer combate, el de la muerte. Don Quijote ha regresado con engaños a su casa. Está enfermo y el médico que lo cuida bien sabe que es el momento de atender a la salud del alma, ya que la del cuerpo corría peligro. El ama y la sobrina y el escudero, que escuchan tan lastimoso diagnóstico, comienzan a “llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante”. Don Quijote, en cambio, oyólo con *ánimo sosegado*, y es que uno se ha de morir según haya vivido. Si vivió apuradamente, morirá apurado, si en sosiego, sosegadamente. “El que apurado vive apurado muere”. Y por si alguien dudara de lo afirmado, escuchamos la voz del escribano –Notario, ministro de fe, diríamos hoy día– ya al finalizar la obra: “Hallóse el escribano presente y dijo que nunca había leído en ningún libro de caballería que algún caballero andante hubiese muerto en su lecho tan sosegadamente y tan cristiano como don Quijote; el cual, entre compasivas y lágrimas de los que allí se hallaron, dio su espíritu, quiere decir que se murió”. Y es que no hubo entre tantos andantes ninguno tan cabal y espiritual como don Quijote.

Sosiego al comienzo, sosiego al final. ¡Y cuánto sosiego en el ir y venir propios del andante! No cabe señalar en pocas líneas todas las veces que el término aparece. Solo en el capítulo 33 de la I Parte lo hallamos cuatro veces: “Sosegada ya la frecuencia de las visitas... en querer turbar el sosiego en que tu buena esposa vive... quieres revolver los humores que ahora están sosegados... quieta y sosegadamente las posees...”

En el capítulo que sigue inmediatamente hallamos en una sola oración dos veces la palabra: “Sosiégate señora mía, y procura sosegar tu alteración”.

Se da también con carácter opuesto, así en el capítulo 36: “A ella con la turbación y el desasosiego se le cayó el velo”. Más frecuente es la palabra con sus sinónimos: “Que con quietud y sosiego” (I, 36) y como forma verbal: “Sosiégate, señor mío... Sosegóse con esto Anselmo” (I, 35).

¿Qué hay tras esta frecuencia del término “sosiego”, que por momento llega a parecer obsesiva? Tal frecuencia sorprende precisamente por ocurrir en medio de las andanzas, golpes y discusiones propias de los libros de caballería. La explicación, nos parece, debe buscarse en el superior espíritu de armonía que preside la obra. Porque su protagonista es a la vez activo y contemplativo, hombre de armas no menos que celoso enamorado de una Dulcinea que sabe Dios si siquiera ha existido. Dio preferencia a las armas, pero ¡cuánto sabía de letras y cómo las amaba! Hay en él una visión superior capaz de vencer y convencer a los más toscos con la fuerza de un discurso ordenado, claro, preciso, oportuno. Los fracasos no lo amilanan porque sabe atribuirlos a sus enemigos encantadores, y los elogios o los triunfos no lo llevan a la vanagloria porque los considera propios de su oficio. En esto y en aquello está cumpliendo un deber altísimo que pocos –nadie, mejor dicho– sabe apreciar. El caballero cristiano, que es él, se mueve por la fe, no por intereses ni temores. La ínsula es para el escudero, no para quien no exige otra recompensa que la ofrenda de su quehacer a la dama por la que vive y muere.

Fijémonos bien. El sosiego no es modorra ni es freno de la actividad. Esta está asegurada por la claridad de la misión y por la firme voluntad con que se la sigue. Es, así, equilibrio necesario para evitar el activismo que sobra, y es también necesario reposo para emprender la batalla que lo aguarda en la próxima vuelta del camino.

*

Por segunda vez en su historia, la *Revista Chilena de Literatura* presenta un número monográfico. La primera se justificó por el centenario del nacimiento de nuestro Pablo Neruda. Y ahora –lo sabemos– por el cuarto centenario de la publicación del *Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, también nuestro. El colega y miembro del Comité de Redacción de la Revista, Dr. Eduardo Godoy Gallardo, con tanta generosidad como competencia se ocupó de solicitar y relacionar los estudios de destacados académicos nacionales y del extranjero. A él y a los colaboradores, los agradecimientos entrañables de la *Revista Chilena de Literatura* y de sus lectores.